

## Mi relación con la historia

*Daniel Gil\**

Desde hace un año, a iniciativa de Marcelo Viñar, nos hemos estado reuniendo quincenalmente con Gerardo Caetano y José Pedro Barrán para analizar y discutir las relaciones de nuestros oficios y los problemas a que se enfrentan y abordan.

Hoy, en esta sesión de apertura, no vamos a intentar reproducir lo que han sido nuestras reuniones de trabajo, tarea que sería imposible, pero sí procuraremos desplegar puntos de vista, problemas y temas de discusión, para abrir el intercambio entre todos nosotros. Comenzaré yo dando el testimonio de mi relación con la Historia.

Como cualquier estudiante, desde la escuela yo había hecho mis lecturas de libros de historia. En verdad siempre me dejaron insatisfecho porque no podía imaginarme a la gente que mencionaban. Además sólo se dedicaban a los “grandes” hombres, reyes, emperadores, generales, papas, cardenales, obispos, y a las guerras, los pactos, la construcción de los imperios. Nada se sabía de las gentes, de “la chusma”, de cómo vivían, qué pensaban, qué sentían. Me llamó la atención que recién pude imaginar la personalidad de Napoleón desde una escena de “La guerra y la paz”, cuando el Príncipe Pedro, luego de una gran batalla, herido gravemente, lo ve pasar, recorriendo, como ave de rapiña, el campo de batalla luego de la contienda, mirando a los agonizantes y a los muertos. El Príncipe Pedro, que admiraba intensamente a Napoleón, cuando lo ve en esa actitud, recortado contra el cielo azul, donde las nubes se desplazan impulsadas por el viento, se da cuenta de cuan pequeño era. O también que comprendí lo que era el zarismo por el cochecito que cae por las escaleras en “El Acorazado Potemkin”, o por el caballo que se precipita desde lo alto de un puente en “Octubre”. Y más acá, entre nosotros, supe más de las guerras de independencia leyendo la tetralogía de Eduardo Acevedo Díaz, o el genocidio de los indígenas en el “Bernabé, Bernabé” de Tomás de Matos.

Luego descubrí otra Historia. Cuando trabajaba sobre un cuento de Paco Espínola sentí la necesidad de conocer la época de su infancia. Me encontré entonces con “Las Revoluciones del 97 y de 1904”, de Nahum y Barrán, que me cambió totalmente la perspectiva, porque al historizar el cuento en el contexto social y político pude comprender más cosas y no reducirlo a una dimensión psicoanalítica estructural y atemporal.

Algo similar me sucedió cuando trabajaba sobre el terror y la tortura, donde el conocimiento de los documentos sobre la inquisición fue fundamental para comprender el procedimiento del terror político. Pero, sin lugar a dudas, lo más importante se debe a la guía que me dio José Pedro Barrán. Un día, hablando de alguno de estos temas, me dijo: pero, ¿no conoces a los historiadores de las mentalidades? Yo era la primera vez que lo oía, y ahí no más José Pedro me bajó de su biblioteca no se cuantos libros de Duby, Ariès, Delumeau, Le Goff, y de los precursores en esta área: Marc Bloch, fusilado por los nazis en 1944 junto a su esposa, y Lucien Febvre, que desde esa fecha

---

\* Miembro Titular de APU.

Dirección: Luis P. Ponce 1433. CP 11.600. Tel. 710 09 96

han sido lecturas asiduas. Y más cerca ya Cario Guinzburg, Peter Brown, Thomas Laqueur, John Boswell.

Luego vendrían los libros de José Pedro “La historia de la sensibilidad en el Uruguay”, “Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos”, y ahora la obra colectiva que dirige con Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski, “Historias de la vida privada en el Uruguay”. Esta fue una influencia decisiva para mí pues me abrió otra perspectiva de la historia de nuestra nación y una forma más rica de pensar el psicoanálisis.

Ya aquí me encontraba en un terreno familiar porque los historiadores de las mentalidades realizaron en su campo lo que Freud había hecho desde el comienzo de su carrera: la atención por lo nimio, lo desestimado, lo no valorado, lo considerado sin importancia. Así la psiquiatría se había despreocupado de los sueños, los lapsus, los actos fallidos, considerándolos formas en menos de la actividad mental que, al no clasificarse como patológicas, es decir pasibles de ser ubicadas como anormales, eran despreciables. Así también los historiadores habían menospreciado lo que podía ser un acta notarial, una leyenda, un juicio, la vida diaria en un convento, etc., etc. El historiador de las mentalidades sostiene que la mentalidad de un individuo histórico, aún la de un gran hombre, es lo que tiene de común con otros hombres de su tiempo. Todo esto fue lo que rescataron los historiadores. No hay documento superfino, lo que puede haber son lectores superficiales o prejuiciosos. Para Duby, la historia es como un gran archipiélago y el historiador el que lanza puentes entre una y otra isla tratando de establecer, conjeturalmente, conexiones. Ariès, en una afirmación que suscribiría un psicoanalista, dice que “al historiador le interesa solamente lo que el hombre dice sin saberlo.”

Estas lecturas se vincularon con otras, para mí muy relacionadas, aunque provenientes de otras disciplinas, como la de Mijail Bajtin, con su monumental obra sobre “La cultura popular en la Edad media y el Renacimiento”; o la de Todorov sobre La conquista de América.; a lo que agregaría la obra de Jean Pierre Vernant, de Vidal-Naquet y de Paul Veyne. Y en esta somerísima recorrida no puedo dejar de mencionar a Michel de Certeau, muerto tempranamente, ex-sacerdote jesuita, filósofo, historiador y psicoanalista, que creo ha dado una de las más ricas reflexiones sobre el psicoanálisis y la historia.

Desde otro campo nos marcaban Nietzsche, Heidegger, Gadamer, Vattimo, Foucault y Derrida. Estos, y para utilizar la expresión de Vattimo, preconizan el fin de la historia, no a la manera estúpida de un Fukuyama, en un cumplimiento del ideal hegeliano, sino como fin de los grandes metarrelatos que hacían que la historia fuera una y única, la de los vencedores y los conquistadores y acallaran a la de los explotados y conquistados. El fin de la historia, en este sentido, es lo que da la palabra a otras formas de sentir y concebir el mundo y la existencia, es una manera de decir del reconocimiento y respeto por la diferencia y la alteridad. Aceptar esto es cuestionar las verdades monolíticas y plantear la necesidad de una ontología débil, que está en las antípodas de lo que ha sido la característica del pensamiento en Occidente.

Creo que todos estos pensadores, más allá de sus diferencias, comparten una misma mentalidad.

### **Relato**

Desde hace años Marcelo Viñar ha recuperado la riqueza del término relato en oposición al de material, para hablar de aquello sobre lo cual y en lo cual trabajamos.

¿Qué valor tiene el relato como documento? Desde luego no tiene el estatuto de “seriedad científica”, que exige una objetividad tan ambicionada como imposible en las ciencias humanas. Nuestro documento, tanto para psicoanalistas como para historiadores, es un relato y no es otra cosa. Lo que nos dice un paciente, o la historia de

la muerte de Guillermo el Mariscal, o las memorias individuales, son relatos, es decir, interpretaciones que hace un analizante o un protagonista o un testigo de algo. Y esa interpretación, tanto para el historiador como para el psicoanalista, dice siempre alguna verdad, aún cuando su intención sea mentir. Y eso lo enseñó tempranamente Freud, aunque la verdad nunca se puede decir toda, como afirma Lacan. Ni aún un estudio estadístico en el campo de la historia deja de ser relato, o deja de estar entramado con un relato, ni deja de ser relanzado como relato dentro de una infinita e inagotable trama discursiva.

Quiero transcribir un fragmento de una disertación que hiciera Duby a los psicoanalistas. En él dice: “Yo parto de cierto número de huellas que, felizmente para mí, en la época que estudio son poco numerosas, discontinuas...Estas huellas son extraordinariamente diversas y, en la concepción que tengo de la historia, tendería a interrogarlas a todas, aunque parecieran inocentes a primera vista(...) un documento de archivo, un contrato de casamiento, un testamento, están completamente ofuscados por la tradición de un vocabulario, de un vocabulario denso poco maleable, e igualmente por el peso de una ideología que las constituye (...) Tenemos testimonios que son más o menos personales y aquello a lo que llegamos finalmente es a la idea que tal o cual individuo, desaparecido hace ya mucho tiempo, se hacía del mundo (...) se hacía de ‘su mundo’. (...) No alcanzamos jamás la realidad. Alcanzamos a una realidad cotidiana cuando encontramos las huellas de una casa, o los restos de una vasija que sirvió a los paisanos del siglo XI, pero es un caso extremo, y la mayor parte del tiempo no alcanzamos más que un reflejo, el de la realidad en la conciencia de un individuo desaparecido (...) Creo que la Historia es una ciencia de relaciones (...) Es necesario poner primero en relación esas informaciones, pero también completarlas, y es aquí que interviene necesariamente la imaginación del historiador, es decir, su propia subjetividad. Ella intervino primero, previa a toda encuesta, en la elaboración de una problemática, en la confección de un cuestionario, y es allí que se establece una relación que, pienso, les puede interesar profundamente a ustedes los psicoanalistas, entre el objeto y el sujeto, entre el objeto que es ese tejido agujereado, en jirones, constituyendo la trama, y el sujeto que está animado por sus propias pasiones, por su propio deseo, que es prisionero inconciente de las ideologías que gobiernan nuestro tiempo y que aunque se esfuerce seguramente en liberarse de ellas, no lo logra jamás completamente”.

En suma, y siguiendo a Nietzsche, diremos que no hay hechos, hay interpretaciones. Lo importante es asumir el carácter ficcional, es decir, el sentido del texto que declara su relación con el lugar singular de su producción. (M. de Certeau). Lo que Freud, para nuestra práctica, describe como transferencia y contratransferencia, o mejor, utilizando a López Ballesteros, transferencia recíproca.

Por eso el mismo Freud hablaba de historias de enfermos y para ello utilizaba el término *histoire*, que a diferencia de *geschichte*, que es Historia en el sentido de la ciencia histórica, quiere decir relato, narración, leyenda, cuento. Por eso el mismo Freud utilizó con la misma soltura y el mismo rigor un relato de un paciente, como un texto autobiográfico (el presidente Schreber o la neurosis demoníaca), o una novela, La Gradiva, y su obra póstuma a la que llama novela histórica.

## **Tiempo**

Estamos habituados a hablar con total ligereza del tiempo, como si fuera un elemento que se nos da inmediatamente en la realidad. La sucesión como cronología encubre grandes complejidades que desconocen no sólo otras maneras de concebir la temporalidad por otros pueblos, lo que invalida la concepción del tiempo como una categoría *a priori*, sino también que el presente está marcado por el pasado y por el futuro. Es decir, que desde el presente vamos hacia el pasado movidos por el deseo, que se proyecta hacia el futuro, como ilusión de un tiempo donde el deseo se realizaría.

En el psicoanálisis, lo infantil, que no es lo mismo que la infancia, es la presentificación, disfrazada, de las huellas de la infancia interpretadas y reinterpretadas a lo largo de la vida, movido por el deseo. Es decir es realidad efectiva. El tiempo es pensable solamente en relación con el a posteriori.

Marc Bloch, siguiendo a su maestro Pirenne, decía que el historiador sólo puede serlo si ama el presente. Es para comprender el presente que se dirige al pasado para proyectarse al futuro, aunque ahora sin la soberbia predictiva que caracterizó al pensamiento del siglo XIX y gran parte del XX. Pero el pasado, para el historiador, tiene un estatuto más contundente que para el psicoanalista. No es el mismo pasado el de la Historia y el psicoanálisis.

### **Terror**

Si de tareas imposibles se trata, junto a las otras que Freud mencionaba, habría que agregar el relato del terror. ¿Cómo decir lo indecible? ¿Cómo transmitir esa vivencia terrible de la condición humana? ¿Cómo hacer eso tan imposible como ineludible?

Auschwitz es el paradigma del horror, es el ejemplo que una y otra vez se menciona, pero no es el único, y como la comparación en la esfera de lo desmesurado, es imposible, no podemos hablar de más o menos horror. ¿Cómo tolerar la visión de los niños caquéuticos en el Zaire, prendidos al pecho agotado de una madre que apenas lo puede sostener? ¿Cómo comprender la lucha fratricida de los que ayer convivían familiarmente en la ex Yugoslavia, o la lucha entre los albaneses con esa cadena de migrantes que huyen desesperados? ¿Cómo relatar y pensar la tortura y las desapariciones, tan cercanas a nosotros? ¿Cómo luchar contra la legitimación hipócrita, bajo el argumento de la ciencia, de la que se llamó la guerra sucia? Todas estas siguen siendo tareas ineludibles de la sociedad en donde la palabra de los psicoanalistas y los historiadores no será vana. Por eso este tema no podía estar ausente en estas jornadas.

### **La intervención de Freud en historiografía**

Siguiendo a Michel de Certeau, diremos que son cuatro las acciones de Freud en este campo:

- 1) Invalida la ruptura entre psicología individual y colectiva.
- 2) Considera lo “patológico” como una región donde los funcionamientos estructurales de la experiencia humana se exacerban y se revelan. Desde este punto de vista la distinción entre normalidad y anormalidad es sólo fenomenal, no tiene pertinencia científica.
- 3) Percibe en la historicidad su relación con las crisis que la organizan o la desplazan.
- 4) Modifica el género historiográfico al introducir la necesidad, para el analista, de marcar su lugar. Es decir, de tener en cuenta la transferencia y la contratransferencia, o mejor, como traducía López Ballesteros, la transferencia recíproca, en el campo de su práctica.

### **Historizar el psicoanálisis**

Es tarea fundamental y ello en un doble sentido.

- 1) Metodológico:
  - a) no es posible interpretar historias y relatos de otras épocas fuera de su contexto. El psicoanálisis no es la clave última, universal, ni autosuficiente. Por ejemplo: Vernant ha criticado ciertas interpretaciones freudianas de lo edípico desconociendo el sentido que tenía para los griegos de la Grecia arcaica la tragedia en general y el mito edípico en particular.
  - b) Josephine Rose ha mostrado que ciertas expresiones de Leonardo sobre la sexualidad eran fruto de la concepción de la época y la manera habitual de

expresarse y no expresión de la homosexualidad de Leonardo, más allá de que éste lo fuera o no.

2) Epistemo-arqueológico.

Por otra parte es deber de nuestra disciplina realizar la crítica de sus conceptos y sus teorías a partir de la capacidad de analizarlos como productos históricos, vale decir, las condiciones de su producción, en un momento dado del desarrollo de una cultura.